

las satisfacciones más halagüeñas que la sociedad puede ofrecer, se encontraban reunidas en él; pero aquellas mezcladas con defectos involuntarios, y éstas, acompañadas de accidentes inevitables, de que él no era responsable, resultando de aquí el carácter más contradictorio y la existencia más atormentada que se puede imaginar. La graciosa fábula por medio de la cual la Duquesa de Orleans, explicaba el carácter de su hijo el Regente, podría, con ligeras variaciones, aplicarse á Byron. Todas las hadas, á excepción de una sola, fueron invitadas á presidir á su nacimiento, prodigándole sus dones, concediéndole, una la nobleza, otra el ingenio, y la tercera, la hermosura. Pero la hada málevola que no fué invitada, quiso vengarse y no pudiendo privar al recién nacido, de los dones que sus hermanas le habían hecho, mezcló una maldición á cada uno de ellos. En las relaciones sociales de Byron, en sus talentos, y hasta en su persona, había una extraña reunión de cualidades opuestas. Poseía, por razón de su nacimiento, todo lo que los hombres anhelan ó admiran; pero á cada una de estas ventajas iba unido algún motivo de miseria y humillación. Era su familia noble y antigua; pero empobrecida y degradada por una serie de crímenes y de locuras que

habían alcanzado una publicidad escandalosa: tenía grandes facultades intelectuales; pero había algo de enfermizo en su talento, estaba dotado de un corazón generoso y sensible; pero su carácter era caprichos é irritable. Tenía una cabeza escultural, una de esas hermosas cabezas que los artistas se complacen en copiar, y un pie deforme como los que los mendigos arrastran por las calles. (1)

En estas breves palabras está compendiado todo el enigma de la vida del poeta, y en los acontecimientos y en los accidentes de su vida encontraremos los elementos que deben servirnos para trazar su fisonomía literaria.

Educado en la religión protestante debemos suponer que la lectura de la Biblia fué para él, como para todos sus correligionarios, el alimento intelectual de su niñez. Su tierna imaginación debe haberse sentido vivamente impresionada con aquella poesía áspera y ruda; pero al mismo tiempo grandiosa é imponente de los Profetas. Uno de sus biógrafos (2) cree encontrar en las poesías de Byron, algo como la huella de ese genio severo y monótono como el *simoum*, uniforme como el desierto, pero solemne

[1] Lord Macaulay.—Ensayos Literarios.—Lord Byron.

[2] Castelar.—Vida de Lord Byron.

como la inmensidad, y sublime como la idea de Dios, de la poesía hebráica.

Recibió también, como antes os he dicho, una educación clásica. Las bellezas del mundo helénico, dormidas en la soledad de las bibliotecas; pero dispuestas á renacer, cuando una fantasía poderosa evoca su gloriosa grandeza, cautivaron desde bien temprano su alma apasionada, produciendo en ella el sentimiento de la belleza estética. Las relaciones maravillosas del Oriente, que leía en su niñez, según él mismo refiere, le hicieron soñar con aquel mundo de placeres y de luz, de pasiones indomables y de voluptuosas y bellísimas mujeres.

Sus viajes contribuyeron igualmente á perfeccionar su ingenio poético. Tenía apenas veinte años, cuando por primera vez abandonó su patria para recorrer las comarcas más bellas y pintorescas de Europa, con esa curiosidad insaciable, con esa sed de placeres y de emociones, con que la juventud toma, por decirlo así, posesión de la vida.

Fruto de este primer viaje suyo fué el poema de *Child Harold*, que un crítico ingenioso (1) compara al itinerario de Rutilio, poeta del siglo V. Es notable, en efecto, la analogía que se advierte entre los dos via-

[1] Villemain.—Biografía universal.—Lord Byron.

jeros; ambos precedidos del azote de la guerra, atravesando Rutilio los campos que acababan de recorrer en el siglo V, las huestes de Alarico, y esquivando Byron á principios del siglo XIX el encuentro con los formidables ejércitos de Napoleón, abriéndose los dos, paso por decirlo así, entre los escombros de la devastación, en medio de tantas ruinas materiales y morales, aterrorizado el uno al presenciar la destrucción de la civilización romana, indiferente el otro al contemplar la caída de tantas instituciones seculares; recogiendo aquel los últimos gemidos del paganismo moribundo, y éste los primeros vagidos de la libertad naciente, y consignando ambos sus impresiones, sin orden ni concierto, en páginas admirables.

Mas esta analogía es más aparente que real. El viaje de Child Harold y el Itinerario de Rutilio son poemas descriptivos; pero la poesía descriptiva, que es según la opinión común de los críticos, una poesía de decadencia, adquiere en Byron una fuerza, una viveza, una energía de sentimiento que coloca á éste en un puesto muy alto, superior al que han ocupado todos los poetas del mismo género. Para él los cuadros de la naturaleza y los accidentes exteriores de la vida no son más que el fondo, unas veces

animado y risueño, y más frecuentemente tempestuoso y sombrío, de donde se destaca la figura sublime del poeta, sólo con su pensamiento, con sus pasiones volcánicas, con esa melancolía desdeñosa y altiva que forma el rasgo más notable de su fisonomía literaria, personificando así todo el pensamiento de su época, todas las dudas y todas las inquietudes, todos los rencores y todos los desalientos de una sociedad descreída y descontenta, heredera del excepticismo del siglo XVIII, sin tener la fe que éste tenía en su obra de demolición y de reformas sociales.

Porque Byron fué, en efecto, considerado literariamente, el poeta menos dramático y más subjetivo; y estudiado filosóficamente, el más genuino representante del tiempo en que vivió. Todos los caracteres que ha trazado: Harold contemplando con desdeñosa tristeza las playas de su patria, de la cual cree separarse para siempre; Giaour de pie, aislado en un rincón de su sombrío monasterio, arrojando una mirada siniestra á los que le aconsejan el arrepentimiento, *oyendo los acentos de la oración, sin tomar parte en ella* (1) Manfredo, azotado por los vientos y mojado por las lluvias en medio de los precipicios de Berna; Caín ofreciendo

(1) And hear the prayer, but utter none. *Giaour*.

al cielo un sacrificio que no puede ser aceptado; Lara sonriendo en medio de danzas lascivas; pero gustando con amargura los placeres que embriagan su alma sin saciarla; Conrado descansando altivo y desdeñoso sobre el puño de su espada, después de haber desafiado las iras del mar y la cólera de los hombres, son en el fondo idénticamente los mismos. La variedad no existe, dice Macaulay, sino en las edades, las situaciones y las apariencias exteriores.

Lo mismo sucede con el carácter femenino. Byron no ha concebido ni pintado á la mujer sino apasionada y sumisa, tal como él la deseaba, para hacer de ella la compañera de sus placeres y la esclava de sus locas pasiones.

Mas en cambio, si Byron no puede llamarse como Shakespeare el poeta de las grandes pasiones; sí, por el contrario, podría decirse de él que es el cantor de una pasión única, ¡cuán honda emoción produce en nuestras almas la descripción de esa única pasión que le atormenta! ¡Cuánta profunda verdad hay en *aquel pensamiento infinito como el espacio ilimitado, en el cual se resumen males sin nombre, sin esperanza y sin fin!* (1) ¡Qué

(1) For infinite as boundless space  
The thought that conscience must embrace,  
Which in itself can comprehend  
Woe without name, or hope, or end *Giaour*

inagotable variedad de escenas supo sacar el poeta de su rica fantasía para que sirviesen de cuadro al carácter soberbio y sombrío, altivo y desdeñoso, apasionado y profundamente egoísta de todos sus personajes! Sabido es que Lord Byron dió á las creaciones de su ingenio tanto vigor y tanta vida que muchos confundieron los hechos reales de su vida con los de sus personajes ficticios.

Byron fué, pues, un poeta subjetivo, para quien todo se convertía en substancia de poesía, desde sus estudios más severos hasta sus más locas pasiones. Cada una de las comarcas que recorre; cada uno de los accidentes de su vida le inspira una obra maestra que lleva impreso el sello de su propia personalidad. En las montañas de Suiza, en medio de los ventisqueros y de los lagos agitados por frecuentes tempestades, escribe su *Manfredo*, creación extraña y simbólica, á la manera del *Fausto* de Goethe, sobre la cual se cierne como un débil crepúsculo de esperanza, la idea de la inmortalidad: (1) la desolación de Venecia le inspira una oda sublime, y la historia tormentosa y agitada de la Reina del Adriático, las trágicas esce-

(1) Wilson dice refiriéndose al desenlace del *Manfredo*. "En esta agonía, en estos dolores, y estas sombrías evocaciones, apercibimos, aunque confuso y obscuro, los elementos de una existencia más pura."

nas de *Marino Faliero*; el sol esplendente de Grecia y la vida aventurera y libre de los piratas de las Islas Jónicas, el poema del Corsario; un episodio de los tiempos turbulentos de la República de Ginebra, hace brotar de su mente esas tristes y desesperantes páginas de *El Prisionero de Chillon* que nos traen á la memoria el episodio del Conde Ugolino en la Divina Comedia; sus estudios serios, en el monasterio de San Lázaro de Venecia, le sugieren tal vez, la idea de proponer en su *Cain*, bajo una hermosa forma poética, las dudas que como relámpagos sombríos, surcaban su mente, planteando uno de los más hondos problemas que turban el espíritu y llenan de congoja el corazón.

Es que, como antes he dicho, Byron era un genio verdaderamente poético, y todo para él se convertía en substancia de poesía. Uno de nuestros compañeros de trabajos, en una de esas gratas conversaciones á que solemos entregarnos los que tenemos alguna afición á este género de estudios, me decía que en su concepto toda la vida de Byron podría encerrarse en esta breve fórmula: fué antes que todo, poeta; podría llamársele el poeta por excelencia; buscó la belleza en todo y quiso realizarla, así en las obras de su ingenio como en las acciones

de su vida; sus mismos extravíos no nacían de otra causa sino de no haber logrado saciar esa ardiente sed de belleza, que es doloroso privilegio concedido á los verdaderos poetas.

Yo encuentro buena esta fórmula y la acepto; pero adicionándola, porque tal como la he enunciado abrazaría en su generalidad á todos los hijos favoritos de las Musas, y no señalaría lo que constituye el rasgo más particular, el carácter distintivo del que fué con especialidad el cantor de los dolores, de las dudas, de las inquietudes, y de las contradicciones de una época literaria, que juntamente con las poesías de Byron, produjo el Werther de Goethe y el Renato de Chateaubriand; época de cansancio y de hastío, de lasitud moral, en la cual los espíritus de los hombres superiores, cansados de las bajezas de este mundo, y sin tener una fe bastante viva que se las hiciese soportables, pugnaban, por una parte, por elevarse al cielo, y se sentían, por otra, á su pesar, atados por lazos que creían inquebrantables, á las miserias de la tierra.

Byron fué sin duda un poeta eminentemente subjetivo. No cantaba sino lo que tenía dentro de sí, pero dentro de sí tenía, todas las grandezas y todas las miserias de su tiempo.

Háse ordinariamente creído que el mérito poético de Byron depende únicamente de la energía de sus pasiones. También se le ha juzgado tomando sólo en cuenta su carácter personal y los accidentes de su vida. Mucho se ha hablado de aquel espíritu de independencia que le hizo revelarse contra todas las preocupaciones de su patria, de aquel orgullo que pudiéramos llamar satánico, si no hubiese estado acompañado de su sensibilidad esquisita que le hacía bendecir el llanto y despreciar á los que no saben llorar, (1) y de aquella vanidad pueril que no le permitió consolarse nunca de un leve defecto físico y ampliamente compensado con la artística belleza de su rostro; y esto, al mismo tiempo que se nos obliga á recordar el abandono de sus primeros años, las disensiones del hogar doméstico y las injusticias de que fué víctima en el curso de su agitada existencia.

Mas en mi humilde concepto, hay en Lord Byron algo más que el amor á la belleza; y es el pensamiento indagador de su siglo, que continuamente le atormenta amargando todos sus placeres. Y algo también que es extraño á sus pasiones individuales y á los sucesos de su vida, y que es como la revela-

(1) Scorn he proud man that shame to weep.

ción del estado de perturbación moral en que se hallaban los espíritus á principios de este siglo.

En efecto, señores, si prescindimos por un momento de las formas poéticas y nos fijamos en las ideas que constituyen, por decirlo así, el fondo de todas ó casi todas las composiciones de Lord Byron, ¿qué encontramos en ellas? Siempre el mismo pensamiento de rebelión sin las ilusiones y las esperanzas de los reformadores; el mismo orgullo unido al mismo desaliento, el descontento de todo lo que le rodea, sin señalar lo que deba substituirlo, el cansancio de una vida que no encuentra objeto digno de llenarla.

Todos saben, y por lo mismo no hay necesidad de recordarlo aquí, cuáles fueron los vientos que, en filosofía y literatura, soplaron en el siglo XVIII. Siglo de discusión y de análisis, conmovió todas las creencias, llamó á juicio á todas las instituciones, sembrando la vacilación y la duda en los espíritus; pero osado y presuntuoso al mismo tiempo, atreviése á prometer un remedio radical y eficaz á todos los males que afligen á la pobre humanidad. Desgraciadamente los resultados no correspondieron á tan halagüeñas esperanzas.

Bien pronto se hizo sentir en los corazo-

nes el hondo vacío que produce la ausencia de toda convicción seria y profunda; aquella filosofía materialista y excéptica no podía dar paz á las almas, ni descanso á las conciencias; en materias literarias se determinó una reacción de la cual fueron iniciadores en Francia Madame Stael y Chateaubriand, en contra de la literatura sensual y licenciosa de la época anterior.

En estos momentos apareció Lord Byron. Preocupada su mente con los grandes problemas que el siglo anterior había planteado sin resolverlos; participando de todas las dudas de los que le habían precedido, sin participar de sus ilusiones; agitado por esa curiosidad inquieta que en tiempos de poca fé impele al hombre á sondear los profundos abismos de su corazón y de su conciencia y aclarar, si le es posible, el triple misterio del origen, de las condiciones y del destino de la vida humana; no encontrando luz que le alumbrara, en su camino, cayó en esa misantropía altiva y desdeñosa, en ese desprecio de la propia vida que experimentan las almas nobles y apasionadas cuando, sintiéndose capaces de grandes cosas, no encuentran un objeto digno que llene por completo su existencia, comparando la esterilidad de sus obras con la grandeza de sus aspiraciones.

Un análisis detenido de las obras de Lord Byron para descubrir en ellas el pensamiento filosófico del poeta, pondría de manifiesto la exactitud de la observación que acabo de hacer. Pero me limitaré á citar un solo ejemplo.

En la composición extraña que llamó *Misterio de Caín*, Lord Byron se aparta, en el sentir de un juicioso y sagaz crítico, de la manera como este asunto había sido tratado anteriormente. «Hay tres maneras diferentes de representar la historia de Abel y Caín, dice Mr. Saint Marc Girardin, (1) que es el crítico á quien aludo; se la puede representar, según el espíritu de la Biblia, como el primer misterio de la Historia Santa; se la puede representar según el espíritu de la literatura como el primer drama de la humanidad; y se puede, en fin, representarla según el espíritu de curiosidad descontenta, que es propia de ciertos siglos, como uno de los más grandes problemas que atormentan á la razón humana. Esta es la manera de Lord Byron.

El interés dramático de su composición no estriba, como observa el mismo crítico, ni en la envidia de Caín por su hermano Abel, ni en el crimen causado por esta en-

(1) Curso de Literatura Dramática.

vidia, sino en el espíritu de curiosidad y de orgullo que forma el carácter del protagonista.

“¿Qué es la muerte, exclama Caín, y quién ha podido someter á los seres á tal calamidad?”

Así la existencia del mal, inevitable, universal, que por do quier oprime al hombre; las desgracias que pesan sobre la humanidad, y entre ellas la mayor de todas, la muerte, es lo que atormenta al poeta. En este sentimiento de duda y de desesperación, encuentra un resorte dramático más poderoso, que en los tormentos de la envidia y en la primera sangre que manchó la tierra.

Y es que Byron fué poeta como Pascal filósofo. Ambos, turbados por el espectáculo del mal en el mundo, quisieron medir la hondísima de la miseria humana; nada más que lo que fué en uno, hijo de un siglo creyente y religioso, lucha terrible en medio de terrores fantásticos, terminada en misticismo consolador y melancólico; fué en el otro, representante de un siglo orgulloso y descreído, excepticismo cruel y punzante, desdén melancólico y altivo que terminó en cansancio de la vida, y en profundo abatimiento, en el cual el desengaño se anticipa á la experiencia y el hastío al goce del placer.

Con tales antecedentes fácilmente se comprende la influencia que las obras de Lord Byron ejercieron en la literatura de su época. Chateaubriand habla de él con elogio, Lamartine completó el poema de Child Harold añadiéndole un último canto, y en la literatura española, no hay quien ignore que toda una generación poética, cuyo más distinguido representante fué Espronceda, rindiendo homenaje al genio de Lord Byron se inspiró en sus poesías, saboreando lo que en el lenguaje poético de aquella época se llamaba *la amargura de la vida, el éxtasis del dolor*.

No sólo sus obras fueron objeto de imitación, sino también su persona y sus debilidades. La imaginación popular forjó un Byron ideal. Su popularidad, como dice Lord Macaulay, no tuvo límites, especialmente entre los jóvenes que no leen sino obras de pura imaginación. Compraban sus retratos, coleccionaban sus menores reliquias, aprendían de memoria sus poemas y hacían los mayores esfuerzos para escribir como él é imitar sus maneras.

Más de cuarenta años han pasado desde la muerte de Byron, y dentro de algunos años, esa gloria fantástica que se quiso unir á las aventuras novelescas de su vida, habrá desaparecido por completo. El Lord Byron

ideal cederá su puesto al Lord Byron verdadero, pero éste seguirá siendo, como dice Macaulay, un hombre joven, noble y desgraciado, y sobre todo, un gran poeta, un poeta de primer orden, cuyas obras durarán tanto, cuanto dure la lengua en que fueron escritas sus admirables poesías.

